

XV

—Hemos salido de Guatemala para entrar en Guatepeor— dijo Marcial cuando le pusieron sobre cubierta. Pero donde manda capitán, no manda marinero. A este condenado le pusieron *Rayo* por mal nombre. El dice que entrará en Cádiz antes de media noche, y yo digo que no entra. Veremos á ver.

—¿Qué dice usted, Marcial, que no llegaremos?—pregunté con mucho afán.

—Usted, Sr. Gabrielito, no entiende de esto, me contestó.

—Es que cuando mi señor D. Alonso y los oficiales del *Santa Ana* creen que el *Rayo* entrará esta noche, por fuerza tiene que entrar. Cuando ellos lo dicen, bien sabido se lo tendrán.

—Y tú no sabes, *sardinilla*, que esos señores de popa se *candilean* (se equivocan) más fácilmente que nosotros los marineros de combés. Si no, ahí tienes al jefe de toda la escuadra *Mr. Corneta*, que cargue el diablo con él. Ya ves cómo no ha tenido ni tanto así *de idea* para mandar la escuadra. ¿Piensas tú que si *Mr. Corneta* hubiera hecho lo que yo decía se hubiera perdido la batalla?

—¿Y usted cree que no llegaremos á Cádiz?

—Digo que este navío es más pesado que el mismo plomo.

Tiene mala andadura, gobierna mal y

parece que está cojo, tuerto y manco como yo, puessi le echan la caña para aquí él va para allí.

En efecto, el *Rayo*, según la opinión general, era un barco de muy malas condiciones marineras. Pero á pesar de esto, á pesar de su avanzada edad, que frisaba en los cincuenta y seis años, como se hallaba en buen estado, no parecía correr peligro alguno, pues si el vendabal era cada vez mayor, también el puerto estaba cerca. De todos modos, ¿no era lógico suponer que mayor peligro corría el *Santa Ana*, desaborlado, sin timón y obligado á marchar á remolque de una fragata?

Marcial fué puesto en el sollado y Malespina en la cámara. Cuando le dejamos allí con los demás oficiales heridos, escuché una voz que reconocí, aunque al pronto no pude darme cuenta de la persona á quien pertenecía. Acerquéme al grupo de donde salía aquella charla retumbante, que dominaba las demás voces, y quedé asombrado reconociendo al mismo D. José María Malespina en persona. Corrí á él para decirle que estaba su hijo, y el buen padre suspendió la sarta de mentiras que estaba contando, para acudir al lado del joven herido. Grande fué su alegría encontrándole vivo, pues había salido de Cádiz porque la impaciencia le devoraba y quería saber su paradero á todo trance.

—Eso que tienes no es nada—dijo abrazando á su hijo;—un simple rasguño. Pero tú no estás acostumbrado á sentir heridas; eres una dama, Rafael. ¡Oh! si cuando la guerra del Rosellón hubieras estado en edad de ir allá conmigo, habrías visto lo bueno. Aquellas si eran heridas. Ya sabes que una bala me entró por el antebrazo, subió hacia el hombro, dió la vuelta por toda la espalda y vino á salir por la cintura. ¡Oh, qué herida tan singular! Pero á los tres días estaba sano, mandando la artillería en el ataque de Bellegarde.

Después explicó el motivo de su presencia á bordo del *Rayo* de este modo:

—El 21 por la noche supimos en Cádiz el éxito del combate. Lo dicho, señores: no se quiso hacer caso de mí cuando hablé de las reformas de artillería, y aquí tienen ustedes los resultados. Pues bien, en cuanto lo supe, y me enteré de que

había llegado en retirada Gravina con unos cuantos navíos, fui á ver si entre ellos venía el *San Juan*, donde estabas tú; pero me dijeron que había sido apresado. No puedo pintar á ustedes mi ansiedad; casi no me quedaba duda de tu muerte, mayormente desde que supe el gran número de bajas ocurridas en tu navío. Pero yo soy hombre que llevo las cosas hasta el fin y sabiendo que se había dispuesto la salida de algunos navíos con objeto de recoger los desmantelados y rescatar los prisioneros, determine salir pronto de dudas, embarcándome en uno de ellos. Expuse mi pretensión á Solano, y después al mayor general de la escuadra, mi antiguo amigo Escaño, y no sin escrúpulo me dejaron venir. A bordo del *Rayo*, donde me embarqué esta mañana, pregunté por tí, por el *San Juan*; mas nada consolador me dijeron, sino por el contrario, que Churrucá había muerto, y que su navío, después de batirse con mucha gloria habla caído en poder de los enemigos. Figúrate cuál sería mi ansiedad. Qué lejos estaba hoy, cuando rescatamos al *Santa Ana*, de que tú te hallabas en él; á saberlo con certeza, hubiera redoblado mis esfuerzos en las disposiciones que di con permiso de estos señores, y el navío de Alava habría quedado libre en dos minutos.

Los oficiales que le rodeaban, mirábanle con sorna al oír el último jactancioso concepto de D. José María. Por sus risas y cachicheos comprendí que durante todo el día se habían divertido mucho con los embustes de aquel buen señor, quien no ponía freno á su voluble lengua, ni aun en las circunstancias más críticas y dolorosas.

El cirujano dijo que convenía dejar reposar al herido, y no sostener en su presencia conversación alguna, sobre todo si ésta se refería al pasado desastre. D. José María, que tal oyó, dijo que por el contrario, convenía reanimar el espíritu del enfermo con la conversación, y añadió:

—En la guerra del Rosellón, los heridos graves (y yo estuve varias veces) mandábamos á los soldados que bailasen y tocasen la guitarra en la enfermería, y seguro estoy de que este tratamiento nos curó más pronto que todos los emplastos y botiquines.

—Pues en las guerras de la república francesa—dijo un oficial andaluz que quería confundir á D. José María,—se estableció que en las ambulancias de los heridos fuese un cuerpo de baile completo y una compañía de ópera, y con esto se ahorraron los médicos y boticarios, pues con un par de arias y dos docenas de trenzados en sexta se quedaban todos como nuevos.

—¡Alto ahí!—exclamó Malespina.—Esa es grilla, caballero. ¿Cómo puede ser que con música y baile se curen las heridas?

—Usted lo ha dicho.

—Sí, pero eso no ha pasado más que una vez, ni es fácil que vuelva á pasar. ¿Es acaso probable que vuelva á haber una guerra como la del Rosellón, la más sangrienta, la más hábil, la más estratégica que ha habido en el mundo desde Epaminondas? Claro es que no: pues allí todo fué extraordinario, y puedo dar fé de ello, que la presencie desde el *Itroito* hasta el *Ite misa est*. A aquella guerra debo mi conocimiento de la artillería; ¿usted no ha oído hablar de mí? Estoy seguro de que me conocerá de nombre. Pues sepa usted que aquí traigo en la cabeza un proyecto grandioso, y tal, que si algún día llega á ser realidad, no volverán á ocurrir desastres como éste del 21. Sí, señores—añadió mirando con expresión de gravedad y suficiencia á los tres ó cuatro oficiales que le oían:—es preciso hacer algo por la patria; es preciso inventar algo sorprendente, que en un periquete nos devuelva todo lo perdido y asegure á nuestra marina la victoria por siempre jamás amén.

—A ver, Sr. D. José María—dijo un oficial:—explíquenos usted cuál es su invento.

—Pues ahora me ocupo del modo de construir cañones de á 300.

—¡Hombre, de á 300!—exclamaron los oficiales con aspavientos de risa y burla.—Los mayores que tenemos á bordo son de 36.

—Esos son juguetes de chicos. Figúrese usted el destrozo que harían esas piezas de 300 disparando sobre la escuadra enemiga—dijo Malespina.—Pero ¿qué demonios es esto?—añadió

agarrándose para no rodar por el suelo, pues los balances del *Rayo* eran tales, que muy difícilmente podía uno tenerse derecho.

—El vendabal arrecia y me parece que esta noche no entramos en Cádiz—dijo un oficial retirándose.

Quedaron sólo dos, y el mentiroso continuó su perorata en estos términos:

—Lo primero que habría que hacer era construir barcos de 95 á 100 varas de largo.

—¡Caracoles! ¿Sabe usted que la lanchita sería regular?—idicó un oficial.—¡Cien varas! El *Trinidad*, que santa gloria haya, tenía 70 y á todos parecía demasíade largo. Ya sabe usted que viraba mal, y que todas las maniobras se hacían en él muy difícilmente.

—Veo que usted se asusta per poca cosa, caballero—prosiguió Malespina.—¿Qué son 100 varas? Aun pedrían construirse barcos mucho mayeres. Y he de advertir á usted que yo lo construiría de hierro.

—¡De hierro!—exclamaron los dos oyentes sin peder contener la risa.

—De hierro, sí. ¿Por ventura no conoce usted la ciencia de hidrostática? Con arreglo á ella yo construiría un barco de hierro de 7 000.

—¡Y el *Trinidad* no tenía más que 4 000! ¿Pero no comprende usted que para mover esa mole sería preciso un aparejo tan colosal que no habría fuerzas humanas capaces de manibrar en él?

—¡Bicoca!... ¡Oh! señor marino, ¿y quién le dice á usted que yo sería tan torpe que moviera ese buque por medio del viento? Usted no me conoce. Si supiera usted que tengo aquí una idea... Pero no quiero explicársela á ustedes porque no me entenderían.

Al llegar á este punto de su charla, don José María dió tal turbo, que se quedó en cuatro piés. Pero ni por esas cerró el pico. Marchóse otro de los oficiales y quedó sólo uno, el cual tuvo que seguir sosteniendo la conversación.

—¡Qué vaivenes!—continuó diciendo el viejo.—No parece

sino que nos vamos á estrellar contra la costa... Pues bien: como dije, yo movería esa gran mole de mi invento por medio del... ¿A que no lo adivina usted?... Por medio del vapor de agua. Para esto se construiría una máquina singular, donde el vapor comprimido y dilatado alterativamente dentro de dos cilindros, pusiera en movimiento unas ruedas... pues...

El oficial no quiso oír más, y aunque no tenía puesto en el buque ni estaba de servicio, por ser de los recogidos, fué á ayudar á sus compañeros, bastante atareados con el creciente temporal. Malespina se quedó sólo conmigo, y entonces creí que iba á callar por no juzgarme persona á propósito para sostener la conversación. Pero mi desgracia quiso que él me tuviera en más de lo que yo valía, y la emprendí conmigo en los siguientes términos:

—¿Usted comprende bien lo que quiero decir? 7,000 toneladas, el vapor, dos ruedas... pues...

—Sí señor, comprendo perfectamente—contesté haber si se callaba, pues ni tenía humor de oírle, ni les violentos balances del buque, anunciando un gran peligro, disponían el ánimo á disertar sobre el engrandecimiento de la marina.

—Veo que usted me conoce y se hace cargo de mis invenciones—continuo él—Ya comprenderá usted que el buque que imagine sería invencible, lo mismo atacando que defendiendo. El solo habría derrotado con cuatro ó cinco tiros los treinta navíos ingleses.

—¿Pero los cañones de éstos no le harían daño también?—dije con timidez,—arguyéndole más bien por cortesía, que porque me interesase el asunto.

—¡Oh! La observación de usted, caballero, es atinadísima, y prueba que comprende y aprecia las grandes invenciones. Para evitar el efecto de la artillería enemiga yo forraría mi barco con gruesas planchas de acero, es decir, le pondría una coraza, como la que usaban los antiguos guerreros. Con este medio, podría atacar, sin que los proyectiles enemigos hicieran en sus costados más efecto que el que haría una andanada de belitas de pan, lanzadas por la mano de un niño. Es una idea maravillosa la que yo he tenido. Figúrese usted que nuestra

nación tuviera dos ó tres barcos de esos. ¿Dónde iría á parar la escuadra inglesa con todos sus Nelsones y Collingwoodes?

—Pero en caso de que se pudieran hacer aquí esos barcos—dije yo con viveza, conociendo la fuerza de mi argumento,—los ingleses los harían también, y entonces las proporciones de la lucha serían las mismas.

Don José María se quedó como alhelado con esta razón, y por un instante estuvo perplejo sin saber qué decir; mas su vena inagotable no tardó en sugerirle nuevas ideas, y contestó con mal humor:

—¿Y quién le ha dicho á usted, mozálvete atrevido, que yo sería capaz de divulgar el secreto de modo que lo supieran los ingleses? Los buques se fabricarían con el mayor sigilo y sin decir palotada á nadie. Supongamos que ocurría una nueva guerra. Nos provocaban los ingleses, y les decíamos: "Sí señor, pronto estamos; nos bastiremos." Salían al mar los navíos ordinarios, empezaba la pelea y á lo mejor cádate que aparecen en las aguas del combate dos ó tres de esos monstruos de hierro, vomitando humo y marchando acá ó allá sin hacer caso del viento: se meten por donde quieren, hacen astillas con el empuje de su afilada proa á los barcos contrarios y con un par de cañonazos.... fíjese usted, todo se acaba en un cuarto de hora.

No quise hacer más objeciones porque la idea de que estábamos corriendo un gran peligro me impedía ocupar la mente con pensamientos contrarios á los propios de tan crítica situación. No volví á acordarme más del formidable barco imaginario hasta que treinta años más tarde supe la aplicación del vapor á la navegación y más aún, cuando al cabo de medio siglo ví en nuestra gloriosa fragata *Numancia* la acabada realización de los estafalarios proyectos del mentiroso de Trafalgar.

Medio siglo después me acordé de Don José María Malespina, y dije:—Parece mentira que las extravagancias ideadas por un loco ó un embustero lleguen á ser realidades maravillosas con el transcurso del tiempo.

Desde que observé esta coincidencia, no condeno en abso-

tuto ninguna utopía, y todos los mentirosos me parecen hombres de genio.

Dejé á Don José María para ver lo que pasaba, y en cuanto puse los pies fuera de la cámara me enteré de la comprometida situación en que se encontraba el *Rayo*. El vendabal no sólo le impedía la entrada en Cádiz, sino que le impulsaba hacia la costa, donde encallaría de seguro, estrellándose contra las rocas. Por mala que fuera la suerte del *Santa Ana* que habíamos abandonado, no podía ser peor que la nuestra. Yo observé con afán los restos de oficiales y marineros, por ver si encontraba alguno que indicase esperanza; pero por mi desgracia, en todos ví señales de gran desaliento. Consulté el cielo y lo ví pavorosamente feo; consulté la mar y la encontré muy sañuda: no era posible volverse más que á Dios, ¡y éste estaba tan poco propicio con nosotros desde el 21!....

El *Rayo* corría hacia el Norte. Según las indicaciones que iban haciendo los marineros, junto á quienes estaba yo, pasábamos frente al banco de Marrajotes, de Hazte Afuera, de Juan Bola, frente á Torregorda, y por último frente al castillo de Cádiz. En vano se ejecutaron todas las maniobras necesarias para poner la proa hacia el interior de la bahía. El viejo navío, como un corcel espantado, se negaba á obedecer; el viento y el mar que corrían con impetuosa furia de Sur á Norte, le arrastraban, sin que la ciencia náutica pudiese nada para impedirlo.

No tardamos en rebasar de la bahía. A nuestra derecha quedo bien pronto Rota, Punta Candor, Punta de Meca, Regla y Chipiona. No queda duda de que el *Rayo* iba derecho á estrellarse inevitablemente en la costa cercana á la embocadura del Guadalquivir. No necesito decir que las velas habían sido cargadas, y que no obstante este recurso contra tan fuerte temporal, se bajaron también los masteleros, por último, también se creyó necesario picar los palos, para evitar que el navío se precipitara bajo las olas. En las grandes tempestades el barco necesita achicarse; de alta encina quiere convertirse en humilde yerba, y como sus mástiles no pueden plegarse cual ramas

de un árbol, se ve en la dolorosa precisión de amputarlos, quedándose sin miembros para salvar la vida.

La pérdida del buque era ya inevitable. Picados los palos mayor y de mesana, se le abandonó, y la única esperanza consistía en poderlo anclar cerca de la costa, para lo cual se prepararon las áncoras, reforzando las amarras. Disparó dos cañonazos para pedir auxilio á la playa ya cercana, y como se distinguieran claramente algunas hogueras en la costa, nos alegramos creyendo que no faltaría quien nos diera auxilio. Muchos opinaron que algún navío español ó inglés había encallado allí, y que las hogueras que veíamos eran encendidas por la tripulación náufraga. Nuestra ansiedad crecía por momentos, y respecto á mí debo decir que me eref cercano á un fin desastroso. Ni ponía atención á lo que pasaba á bordo, ni en la turbación de mi espíritu podía ocuparme más que de la muerte que juzgaba inevitable. Si el buque se estrellaba, ¿quién podía salvar el espacio que le separaría de la tierra? El lugar más terrible de una tempestad, es aquel en que las olas se revuelven contra la tierra, y parece que están cavando en ella para llevarse pedazos de playa al profundo abismo. El empuje de la ola al avanzar y la violencia con que se arrastra al retirarse, son tales, que ninguna fuerza humana puede vencerlos.

Por último, después de algunas horas de mortal angustia, la quilla del *Rayo* tocó en un banco de arena y se paro. El casco todo y los restos de su arboladura retemblaron un instante: parecía que intentaban vencer el obstáculo interpuesto en su camino; pero éste fué mayor, y el buque, inclinándose sucesivamente de uno y otro costado, hundió su popa, y después de un espantoso crujido quedó sin movimiento.

Todo había concluido, y ya no era posible ocuparse más que de salvar la vida, atravesando el espacio de mar que de la cestas nos separaba. Esto pareció casi imposible de realizar en las embarcaciones que á bordo teníamos; mas había esperanzas de que nos enviaran auxilio de tierra, pues era evidente que la tripulación de un buque recién naufragado vivaqueaba en ella, y no podía estar lejos alguna de las balandras de guerra cuya salida para tales casos debía haber dispuesto la autoridad naval de

Cádiz.... El *Rayo* hizo nuevos disparos y esperamos socorros con la mayor impaciencia, porque de no venir pronto pereceríamos todos con el navío. Este infeliz inválido, cuyo fondo se había abierto al encallar, amenazaba despedazarse por sus propias convulsiones, y no podía tardar el momento en que, desquiciada la clavazón de algunas de sus cuadernas, quedaríamos á merced de las olas, sin más apoyo que el que nos dieran los desordenados restos del buque.

Los de tierra no podían dá nos auxilio; pero Dios quiso que oyera los cañonazos de alarma una balandra que se había hecho á la mar desde Chipiona, y se nos acercó por la proa, manteniéndose á buena distancia. Desde que avistamos su gran vela mayor, vimos segura nuestra salvación, y el comandante del *Rayo* dió las órdenes para que el trasbordo se verificara sin atropello en tan peligrosos momentos.

Mi primera intención, cuando ví que se trataba de trasbordar, fué correr al lado de las dos personas que allí me interesaban, el señorito Malespina y Marcial, ambos heridos, aunque el segundo no lo estaba de gravedad. Encontré al oficial de artillería en bastante mal estado, y decía á los que le rodeaban:

—No me muevan; déjenme morir aquí.

Marcial había sido llevado sobre cubierta y yacía en el suelo con tal postración y abatimiento, que me inspiró verdadero miedo su semblante. Azo la vista cuando me acerqué á él, y tomándome la mano, dijo con voz conmovida:

—Gabrielillo no me abandones.

—¡A tierra! ¡Todos vamos á tierra!—exclamé yo procurando reanimarle; pero él, moviendo la cabeza con triste ademán, parecía presagiar alguna desgracia.

Traté de ayudarle para que se levantara; pero después del primer esfuerzo, su cuerpo volvió á caer como muerto, y al fin dijo:—No puedo.

Las vendas de su herida se habían caído, y en el desorden de aquella apurada situación no encontró quien se las aplicara de nuevo. Yo le curé como pude; consolándole al mismo tiempo con palabras de esperanza; y hasta procuré reír ridiculizando su facha para ver si de este modo le reanimaba. Pero el po-

bro viejo no desplegó sus labios, antes bien, inclinaba la cabeza con gesto sombrío, insensible á mis bromas lo mismo que á mis consueles.

Ocupado en esto, no advertí que había comenzado el embarque en las lanchas. Casi de los primeros que á ellas bajaron fueron Don José María Malespina y su hijo. Mi primer impulso fué ir tras ellos siguiendo las órdenes de mi amo, pero la imagen del marinero herido y abandonado me contuvo. Malespina no necesitaba de mí, muertas que Marcial, casi considerado como muerto, estrechaba con su helada mano la mía, diciéndome:

—Gabrielillo, no me abandones.

Las lanchas atracaban difícilmente, pero á pesar de esto, una vez trasbordados los heridos, el embarque fué fácil, porque los marineros se precipitaban en ellas, deslizándose por una cuerda ó arrojándose de un salto. Muchos se echaban al agua y las alcanzaban á nado. Por mi imaginación cruzó como un problema terrible la idea de cuál de aquellos dos procedimientos emplearía para salvarme.

No había tiempo que perder, porque el «Rayo» se desbarataba: casi toda la popa estaba undida, y los estallidos de los baos y de las cuadernas medio podridas anunciaban que bien pronto aquella mole iba á dejar de ser un barco. Todos corrían con presteza hacia las lanchas, y la balandra, que se mantenía á cierta distancia maniobrando con habilidad para resistir la mar, les recogía. Las embarcaciones volvían vacías al poco tiempo, pero no tardaban en llenarse de nuevo.

Yo observé el abandono en que estaba Medio-hombre, y me dirigí sofocado y llorando á algunos marineros, rogándoles que cargaran á Marcial para salvarle; pero harto hacían ellos procurando salvarse á sí propios. En un momento de desesperación traté yo mismo de echármelo á cuestras; pero mis escasas fuerzas apenas lograron alzar del suelo sus brazos desmayados. Corrí por toda la cubierta buscando una alma caritativa, y algunos estuvieron á punto de ceder á mis ruegos; mas el peligro les distrajo de tan buen pensamiento. Para comprender esta inhumana crueldad, es preciso haberse encontrado en trances

tan terribles; el sentimiento y la caridad desaparecen ante el instinto de conservación que domina el sér por completo, asímiéndole á veces á una fiera.

—¡Oh, esos malvados no quieren salvarte, Marcial!—exclamé con el mayor dolor.

—Déjales—me contestó.—Lo mismo da á bordo que en tierra. Márchate tú, corre, chiquillo, que te dejan aquí.

No sé qué idea mortificó más mi mente; si la de quedarme á bordo, donde perecería sin remedio, ó la de salir dejando solo á aquel desgraciado. Por último, más pudo la vez de la Naturaleza que otra fuerza alguna, y di unos cuantos pasos hacia la borda. Retrocedí para abrazar al pobre viejo, y corrí luego velozmente hacia el punto en que se embarcaban los últimos marineros. Eran cuatro. Cuando llegué ví que los cuatro se habían lanzado al mar y se acercaban nadando á la lancha, que estaba como á unas diez ó doce varas de distancia.

—¡Y yo?—exclamé con angustia viendo que me dejaban.— ¡Yo voy también!

Grité con todas mis fuerzas, pero no me oyeron ó no quisieron hacerme caso. A pesar de la obscuridad ví la lancha, les ví subir á ella, aunque esta operación apenas podía apreciarse por la vista. Me dispuse á arrojarme al agua para seguir la misma suerte; pero en el instante mismo en que se determinó en mi voluntad esta resolución, mis ojos dejaron de ver lancha y marineros, y ante mí no había más que la horrenda obscuridad del agua.

Todo medio de salvación había desaparecido. Volví los ojos á todos lados, y no ví más que las olas que sacudían los restos del barco: en el cielo ni una estrella, en la costa ni una luz. La balandra había desaparecido también. Bajo mis pies, que pateaban con ira, el casco del *Rayo* se quebraba en pedazos, y sólo se conservaba unida y entera la parte de proa, con la cubierta llena de despojos. Me encontraba sobre una bolsa informe que amenazaba desbaratarse por momentos.

Al verme en tal situación, corrí hacia Marcial diciendo:

—¡Me han dejado, nos han dejado!

El anciano se incorporó con muchísimo trabajo, apoyado

en su mano; levantó la cabeza y recorrió con su turbada vista el lóbrego espacio que nos rodeaba.

—¡Nada!—exclamó;—no se ve nada. Ni lanchas, ni tierra, ni luces, ni costa. No volverán.

Al decir esto, un terrible chasquido sonó bajo nuestros pies en lo profundo del sollado de proa, ya enteramente anegado. El alcázar se inclinó violentamente de un lado, y fué preciso que nos agarráramos fuertemente á la base de un molinete para no caer al agua. El piso nos faltaba; el último resto del *Rayo* iba á ser tragado por las olas. Mas como la esperanza no abandona nunca, yo aún creí posible que aquella situación se prolongase hasta el amanecer sin empeorarse; y me consolé ver que el palo de trinquete aún estaba en pié. Con el propósito firme de subirme á él cuando el casco acabara de hundirse, miré aquel árbol orgulloso en que flataban trezos de cabos y harapos de velas, y que resistía, coloso desgrefiado por la desesperación, pidiendo al cielo misericordia.

Marcial se dejó caer en la cubierta y dijo.

—Ya no hay esperanza, Gabrielillo. Ni ellos querrán volver, ni la mar les dejaría si lo intentaran. Puesto que Dios lo quiere, aquí hemos de morir los dos. Por mí nada importa; soy un viejo y no sirvo para maldita la cosa..... Pero tú..... tú eres un niño, y....

Al decir esto, su voz se hizo ininteligible por la emoción y la ronquera. Poco después le oí claramente estas palabras:

—Tú no tienes pecados, porque eres un niño. Pero yo... Bien que cuando uno se muere así..... vamos al decir..... así al modo de perro ó gato, no necesita de que un cura venga y le dé la *solución*, sino que basta y sobra con que uno mismo se entienda con Dios. ¿No has oído tú eso?

Yo no sé lo que contesté; creo que no dije nada y me puse á llorar sin consuelo.

—Animo, Gabrielillo—prosiguió.—El hombre debe ser hombre, y ahora es cuando se conoce quién tiene alma y quién no la tiene. Tú no tienes pecados; pero yo sí. Dicen que cuando uno se muere y no halla cura con quien confesarse, debe decirse lo que tiene en la conciencia al primero que encuentre,

Pues yo te digo, Gabrielillo, que me confieso contigo, y que te voy á decir mis pecados, y cuenta con que Dios me está oyendo detrás de tí, y que me va á perdonar.

Mudo por el espanto y por las solemnes palabras que acababa de oír, me abracé al anciano, que continuó de este modo:

Pues digo que siempre he sido cristiano católico apostólico romano, y que siempre he sido y soy devoto de la Virgen del Carmen, á quien llamo en mi ayuda en este momento; y digo también que si hace veinte años que no he confesado ni comulgado, no fué por mí, sino por amor del maldito servicio, y porque siempre lo va uno dejando para el domingo que viene.

Pero ahora me pesa de no haberlo hecho y digo y declaro y perjuro que quiero á Dios y á la Virgen y á todos los santos; y que por todo lo que los haya ofendido me castiguen, pues si no me confesé y comulgué este año fue por *laquel* de los malditos *casacones*, que me hicieron salir al mar cuando tenía el *proeto* de cumplir con la iglesia. Jamás he robado ni la punta de un alfiler, ni he dicho más mentiras que alguna que otra para bromear. De los palos que le daba á mi mujer hace treinta años, me arrepiento, aunque creo que bien dados estuvieron porque era más mala que las *churras* y con un genio más pición que un alacrán.

No he faltado ni tanto así á lo que manda la ordenanza, no aborrezco á nadie más que á los *casacones*, á quienes hubiera querido ver hechos picadillo; pero pues dicen que todos somos hijos de Dios, yo les perdono, y *así mismamente* perdono á los franceses que nos han traído esta guerra. Y no digo más, porque me parece que me voy á toda vela. Yo arzo á Dios y estoy tranquilo. Gabrielillo, abrázate conmigo, y apriétate bien contra mí. Tú no tienes pecados, y vas á andar *finiquileando* con los ángeles divinos. Más vale morirse á tu edad, que vivir en este *emperrado* mundo.... Con que ánimo, chiquillo, que esto se acaba. El agua sube y el «Rayo» se acabó para siempre. La muerte del que se ahoga es muy buena: no te asustes..... abrázate conmigo. Dentro de un ratito estaremos libres de pesadumbres, yo dando cuenta á Dios de mis pecadillos, y tú

contento coma unas pascuas, danzando por el cielo que está alfombrado con estrellas, y allí parece que al modo la felicidad no se acaba nunca, porque es eterna, que es como dijo el otro, mañana y mañana y mañana y al otro y siempre....

No pudo hablar más. Yo me agarré fuertemente al cuerpo de Medio-hombre. Un violento golpe de mar sacudió la proa del navio y senti el azote del agua sobre mi espalda. Cerré los ojos y pensé en Dios. En el mismo instante perdí toda sensación y no supe lo que ocurrió.

XVI.

Volvió, no sé cuándo, á iluminar turbiamente mi espíritu la noción de la vida, senti un frío intensísimo, y sólo este accidente me dió á conocer la propia existencia, pues ningún recuerdo de lo pasado conservaba mi mente, ni podía hacerme cargo de mi nueva situación. Cuando mis ideas se fueron aclarando y se desvanecía el letargo de mis sentidos, me encontré tendido en la playa. Algunos hombres estaban en derredor mio observándome con interés. Lo primero que oí fué: "¡Pobrecito....! ya vuelve en sí."

Poco á poco fui volviendo á la vida, y con ella al recuerdo de lo pasado. Me acordé de Marcial, y creo que las primeras palabras articuladas por mis labios fueron para preguntar por él. Nadie supo contestarme. Entre los que me rodeaban reconocí á algunas marineros del *Rayo*; les pregunté por Medio-hombre y todos convinieron en que había perecido. Después quise enterarme de cómo me había salvado; pero tampoco me dieron razón.

Diéronme á beber no sé qué; me llevaron á una casa cercana, y allí, junto á un buen fuego y cuidado por una vieja recobre la salud, aunque no las fuerzas. Entónces me dijeron que habiendo salido otra balandra á reconocer los restos del *Rayo* y los de un navio francés que corrió igual suerte, me encontraron junto con Marcial, y pudieron salvarme la vida. Mi compañero de agonía había muerto. También supe que en a travesía del barco naufragado á la costa habían perecido algunos infelices.